

Moutet o la nostalgia del pasado (*In memoriam*)

PILAR BLANCO GARCÍA. U.C.M.

Hace ya muchos años, cuando emprendimos la ardua tarea de la realización de una antología provenzal contemporánea, nos llegó una cariñosa carta de un señor que no conocíamos, pero que se nos presentaba como un gran enamorado de una dama, llamada lengua provenzal, con un pasado histórico, que le hacía abandonar otro escarceo amoroso con otra dama llamada lengua francesa. Amando a las dos profundamente, se vio en la necesidad de dar prioridad a una y esa elección fue hacia la dama provenzal.

El mismo nos enviaba una selección de sus poemas para que lleváramos a cabo nuestro proyecto, pero no todos tuvieron la misma suerte, porque no todos cabían en nuestra antología.

En la breve nota bio-bibliográfica que escribíamos decíamos:

Fernand Moutet explora minuciosamente los repliegues más íntimos del alma y del corazón. Pesa atentamente lo que queda de instantes y de momentos pasados: desilusiones o enriquecimientos. Su acento nos conmueve por su sencillez, su sinceridad, su pudor.

Su poesía es una sublimación en la que no se encuentra equivalente mas que en Vianès.

El arte de Moutet es muy peculiar. Su poema se desarrolla como una letanía y se envuelve en un aura melancólica. Se desprende una especie de nostalgia feliz.

Ningún otro poeta está tan presente en su obra como lo está Moutet en la suya (Blanco, 1988: 167).

Hoy que emprendemos un estudio sobre algunos aspectos de su obra, nos encontramos con una alusión de Vianès que recoge M.A. Resplandin: *Vos vers français me font penser à Chénier, vos vers provençaux sont du Moutet. C'est la vertu de la langue* (Moutet, 1991: 6).

Esa observación se hace presente en su última obra *Li car-marino de moun Reiaume*.

Fernand Moutet es como un rey destronado, como si todo le fuera abandonando, su reino está quebrado, sólo su melancolía y su nostalgia le da las fuerzas suficientes para seguir escribiendo. Estas son dos razones que da la persona que estudia su obra, pero las verdaderas razones tienen nombre femenino *Rolande* y *Poésie: Rolande ma femme et la poésie à laquelle je suis fidèle depuis toujours*.

Rolande es su posesión y a ella le dedica los tres últimos poemas de su libro *Lou roussignou, A n'aquello que m'es vengudo de ben liuen y Lou pichot calèu*.

El rui señor le sugiere a Moutet el pasado, la niña que *Rolande* fue y que a sus ojos todavía continúa siendo, a la que descubre un buen día *Aro Roulando t'ai descuberto un bèu jour e n'es fini de nòsti dos souleso*. Es el otoño de la vida, el camino por el que descienden los dos y al que Moutet llama *noste camin peiregous* (nuestro camino pedregoso). Hermosura podemos llamar a ese caminar, a dos, en el momento de la decadencia, cuando las fuerzas se van perdiendo en cada individuo, la unión de dos en uno, suple el inicio de una impotencia difícil de llevar individualmente. El erotismo, no el presente, sino el pasado, los mantiene unidos. Es la imagen gravada en el recuerdo lo que la hace más fuerte, más presente y les hace disfrutar en ese presente los momentos vividos del pasado.

Dice Moutet que hay que protegerse contra el pasado, y la manera de protegerse es el hacer presente ese pasado. El sueño es irrealidad, es imaginación, es ensoñación, pero cuando ese sueño se hace constante, llega un momento en que se hace realidad y eso es lo que Moutet logra con su compañera.

El canto del rui señor ha acompañado a los grandes amores en momentos determinados. Si los dos amantes lo escuchan juntos permanecerán unidos, pero se exponen a la muerte. Este pájaro muestra de una manera conmovedora el lazo íntimo entre el amor y la muerte (Chevalier, p. 900).

El segundo poema dedicado a *Rolande* es la evocación del pasado, de la niña que venía del *Setentrioun* al *Empèri dóu soulèu*.

Contra la premonición del rui señor aparece el tercer poema y el último del libro y que es la *esperanza*, es la vida, simbolizada en esa llama del *pichot calèu*, eso es lo que significa la mujer, su mujer, la mujer que se transforma en madre, sin dejar de ser esposa en momentos decisivos; ella es la fuerza, la tierra en la que Moutet tiene sus raíces más profundas y a la que se agarra su amor: *lou pichot calèu que la maire de l'enfant malaut laisso atuba*.

En el primer poema, mientras escuchan al rui señor y descienden por el camino de la vida, la niña tiene *sa man crespado sus soun bras*, en el último la lámpara de aceite le mantiene.

El eco de melancolía de Moutet nos hace recordar a uno de los miembros del *Felibrige*, Alfonso Tavan, que también deposita su bien-estar en su mujer, aunque de manera un poco diferente.

La enfermedad, presente en los dos autores, les hace buscar el punto de apoyo en sus compañeras. Moutet encuentra la fortaleza en Rolande. Tavan pierde su fortaleza al creer perder a su mujer y esa falta de esperanza intenta suplirla por medio de una oración:

.....
 La jouino e bello coumpagno,
 Segnour, que m'aves douna,
 Qu'espousecavo douço eigagno
 Sus mis an afourtouna,

Ma coulumbo amistadouso,
 Lou meior plat de ma fam,
 Moun amigo, moun espouso,
 La maire de moun enfant,
(P. Blanco, 1988: 70)

(La joven y bella compañera,/ Señor que me habéis dado,/ qué dulce rocío era/ en mis años afortunados, mi paloma amistosa,/ el mejor plato para mi hambre,/ mi amiga, mi esposa,/ la madre de mi hijo)

La presencia marina la encontramos en muchos de los poemas de Moutet, recordamos un corto poema donde dice:

M'embelinavon de longo
 li favuio dóu roucas.
 Lusissien soutu lis erso
 coume un brounze incounegu
 (Blanco, 1988: 170)

Li car-marino es la evocación, en el otoño de su vida de momentos vividos en su *Etang*, de las medusas que le fascinaban por sus *raubo de festo que pourtavon sèmpre* y que en *lou rouge de l'aigo* representan *lou reiaume de moun gran*. El reino de su abuelo que llegará a ser el suyo y que le aportaban el mensaje de continuidad, continuidad de la realidad infantil, en el mundo imaginario de su madurez.

Las medusas son para Moutet un sueño ¿Existen? *Te demandariés s'eisiton o se sian en trin de pantaia*. De esa ensoñación le despertará uno *chato* al contarle *la maligneta de sa pèu*. El encuentro con esa realidad en el puerto le hace revolverse contra lo que él considera una crueldad. Si las medusas para él son inofensivas, ¿por qué el hombre las saca de su medio ambiente?

Esa revuelta hace que en lugar de ver una masa gelatinosa, sólo vea *li car-marin que se pavounejavon dins si lòngui raubo d'aigo*. Esa es la

única realidad que él quiere ver. Es su venganza ante lo que él considera una injusticia e impone la realidad de sus sueños. Para Moutet no hay diferencia entre la realidad objetiva y la de sus sueños.

Consciente e inconsciente se identifican y llega a ser una semiinconsciencia real.

Pero la verdadera realidad se impone y podemos decir que Moutet es un hombre con los pies en la tierra, es el árbol enraizado en la familia con todo lo que conlleva de amor, fidelidad, amistad y entrega y que se ramifica más allá de esos lazos familiares.

Su realidad es la realidad del sueño en *lou soungé de l'aigo*. La impotencia de resucitar los sueños nocturnos le llevan al recuerdo real de las medusas, de sus medusas, las del *Etang* que serán para él, la eternidad, su eternidad, la eternidad de su vida.

Las medusas fueron su realidad infantil, las medusas son su realidad en la madurez, en lo que él cree, el final de sus días en *lou silènci dis auciprès, li car-marino de mi jóuinis annado, pèr saupre que viéura toujours lou reiaume qu'ero lou nostre*. En definitiva las medusas son la evocación del pasado en el presente, es el recuerdo de un tiempo pasado y no por ello mejor.

La falta de fuerzas físicas le lleva a pensar en la vejez y la imposibilidad de poder inclinarse una vez más sobre sus medusas porque *l'a d'éstre que lou veioungé coundano à plus conèisse que lòu silènci dis auciprès*. También le conduce a los Alyscamps, ese cementerio arlesiano tan lleno de historia y tan lleno de arte.

El recuerdo, una vez más, le lleva aquellos jueves, hace ya más de medio siglo, en los que se extasiaba delante de la estética estática y que le hace exclamar: *La bèuta es autant necessàri que lou pan, e la sau, e l'aigo fresco de la dourgo* (la belleza es tan necesaria como el pan, la sal y el agua fresca del cántaro).

De la belleza de las tumbas, creada por la mano y el amor del hombre, pasa hacia la minúscula belleza y no por ello insignificante de las *margarideto*.

Las margaritas, que tan bien cantó Roumanille, Moutet las ve, entre las hierbas, a pesar de que el crepúsculo cae sobre el jardín y las ve cómo van cerrando sus párpados blancos para dormir. Dormir es una forma de morir.

La obra de Moutet tiene a veces un fondo de erotismo en sus recuerdos, pero no es el mismo erotismo que le mantiene unido a su mujer, es el éxtasis ante un cuerpo joven en *aquèu jouine cors que dourmie* que se prolonga en *la conço marino en la sablo dóu bord de la mar*, o en *uno cansoun coume n'i'a tant* en que aparecen *li jouinis anco endourmido*.

Detrás de esta añoranza, ¿qué se esconde?

Se esconde una realidad, una realidad que se vislumbra en parte en su último libro y esa realidad es la enfermedad, su enfermedad.

Las alusiones a un hijo de Esculapio que *t'anequelisses pèr manteni en vido ma vièto carcasso desgaubiado* (te agotas por mantener con vida mi vieja carcasa maltrecha) o cuando confía al nieto de Hipócrates *degun t'a jamai fisa, o felen d'Ipoucrato, ço que pòu trouba dins toun regard lou vièi ome que t'a manda querre?* ["Nadie te ha confiado, oh nieto de Hipócrates, lo que puede encontrar en tu mirada el viejo que te ha llamado"].

En sus largas charlas, con los descendientes de Esculapio, sobre los viajes y en los monólogos, que estamos seguros mantenía consigo mismo se pregunta: *S'es necessari de cerca tan liuen noun save qunte secret* ["¿es necesario ir tan lejos para buscar no se sabe qué secretos?"]

Sufis que fugen encaro en vido... n'en gramacia i dieu ["sólo basta con seguir vivos... y dar gracias a los dioses].

Viajes, ¿qué clase de viaje? sin temor a equivocarnos está presente en él *su viaje*, el definitivo, el viaje al infinito y por ello busca su medicina más que en los potingues, en las palabras *E sente que ti paraulo, encuei, m'auron fa encaro mai de bèn que ti poutingo*.

Sabe muy bien que *sufis de faire quàqui pas pèr que l'alèn me defaute crudelamen* ["Es suficiente dar unos pasos para que me falte el aliento"].

A pesar de ello se aferra a la vida para poder seguir contemplando los arbustos de su jardín y agarrarse una vez más a su compañera, a *la presènci de ma coumpagno* y al mundo de los recuerdos *mounde de souveni*.

¡Siempre los recuerdos, siempre la añoranza de un tiempo pasado-presente! El recuerdo de alguien que se fue y a quien consideraban un hombre que no vivía su vida porque más que vivir la soñaba *coume un enfant que vaudrié pas grandi*. Moutet se agarra siempre a su infancia porque, para él, es el paraíso perdido que vuelve a ser real en su vida penosa y madura y en la de sus sueños.

En *ero dins un gran batèu* los recuerdos de un tiempo lejano y feliz aparecen ante él, pero el barco es símbolo del más allá, lo mismo que el vino es símbolo de vida, de alegría, pero también de un más allá. El vino se compara con la sangre y la sangre es la vida. En todas las culturas aparece el vino desde muy antiguo.

El Cáliz de Cristo es generador de vida después de la muerte.

En la Biblia encontramos muchas alusiones a esta bebida. Cuando Moisés envía exploradores a la Tierra Prometida encuentran un producto que les llama la atención y *recogen un enorme racimo que cortaron en el valle de Eskol, pues lo transportaron entre dos en una pèrtiga* (Núm. 13,23) (Werner Keller, 1992: 142-43).

El valle de Eskol quiere decir *Valle de las Uvas* y está situado en Canaán el lugar de las bodas en la que Cristo transforma el agua en vino. Posiblemente tenga un sentido de alegría porque la boda también es símbolo de vida, la unión de dos personas, hombre-mujer, que dará lugar a la procreación.

Las mujeres jóvenes que aparecen en el barco, las gaviotas y sobre todo el mar como referente de camino hacia lo desconocido y hacia el interior, dan esa sensación de alegría, de vida.

El camino que va a recorrer acompañado de una joven serena, distendida y cogidos de la mano en *vers la terrasso de la reino* es el mismo camino que sigue en sus sueños en *Dartmoor* mas allá del mar donde encuentra un *cavalot de la raubo blanco* que pacía sin dueño, que era libre, como lo era él mismo en *L'oustau tout blanc*, en sus sueños porque él se sabe *Un bastimen desarma pèr l'etrenita, sabe que i'abourdarai plus jamais*. ["un navío desarmado para la eternidad, a la que sé que nunca llegaré"].

El mar, siempre el mar de sus sueños, el Mediterráneo feliz de vivir, el Mediterráneo símbolo de la unión de poetas y culturas. El viaje por el Mediterráneo que le lleva a encontrar a un hombre con una rosa, una rosa depositada en una tumba donde duerme su sueño definitivo un gran poeta: *es aquí, en aquesto tumbo, que dourmié Antòni Machado*, el poeta que nos decía: *Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*. Es posible-mente ese camino el que va buscando Moutet, el camino de la eternidad, aquel que no sabe si encontrará.

Por eso cuando recoge una piedra cree que está dotada de vida y que sólo duerme. Sin embargo, el encuentro fortuito con una lagartija muerta, no se sabe cuando, y la contemplación de su piel apergaminada le llevan de nuevo a su niñez, a los sueños de esa niñez al contemplar los libros de historia que le conducían de una manera inexorable hacia una eternidad, la eternidad de los reyes encontrada en los libros, quizá la eternidad de la letra impresa.

Antes de terminar el libro *li car-marino de moun reiaume* vuelven a él los recuerdos de su infancia y sobre todo el recuerdo de su abuelo aquel que le enseñó la lengua en la que Moutet escribe y ese recuerdo se hunde en la tierra, en la costumbre de su abuelo de descalzarse y mezclar sus pies con esa tierra a la que él tanto amó.

IN MEMORIAM

Cuando estábamos terminando de escribir el artículo nos anunciaron la noticia del último viaje de Moutet. El viaje que él presentía desde hace algún tiempo llegó, no fueron suficientes ni las palabras del Esculapio que estaba junto a él, ni como nos decía humorísticamente *las buenas dosis de oxígeno* que una máquina le proporcionaba.

Ya no sentirá más la angustia que nos confesaba hace un año, por Navidad. Ya se acabaron *les pannes* que le habían producido sus lesiones cerebrales. Todo se acabó. ¿Todo?

Ahora comienza su eternidad, la eternidad que nos deja en sus libros de poesías, su voz registrada para que los alumnos ingleses, o que sepan

inglés, y que se acercan a su obra, puedan recordarle. Nos queda la alegría de *la festo dins lou pargue* mezclada con la añoranza del *adiós*, del *quién sabe si vendrá mañana*, si sólo pensarán de mí que esto es una chiquillada cuando pregunto *¿Eres feliz?*

Creemos que Moutet tenía la certeza de seguir vivo como en la fiesta del parque, sabía que su vida sería el milagro de cada día, y que en la semioscuridad de su parque sólo estaba su mundo, lo mismo que cuando se sentaba en aquel *banco al que daban sombra dos higueras*, para viajar a través de una traviesa de ferrocarril por el mundo de sus sueños y estamos seguros que habrá encontrado *L'amèu de la coumbo perdudo* porque tenía la seguridad de que un día:

..... un bèu matin ié tournarian,
qu'uno plaço nous esperavo
proche de quauco regalido.

¿Qué más nos queda? Nos queda el poeta soñador, porque como Moutet nos dice *un rêve doit rester un rêve si l'on veut qu'il embellisse toute la vie*, nos queda el poeta amante del sentimiento, del amor por las cosas pequeñas, que son, por añadidura, las más grandes y nos queda su recuerdo, el recuerdo de su amistad y el agradecimiento de habernos conocido gracias a la lengua de *soun gran*.

No podemos terminar este artículo, sin mencionar la dedicatoria que nos hizo de su último libro, al menos para nosotros, y que encierra todo el significado de sus obras en la madurez.

Cristo contestó a la pregunta de sus discípulos sobre *¿Quién es el más grande en el reino de Dios? Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios. El que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de Dios* (San Mateo 18,3,4.)

No sabemos si era creyente o no, pero sí creemos que él sí se hizo como niño o al menos intentó mantener su niñez mucho más allá de su etapa natural:

Despertar de la infancia no quisimos
y no sé quién nos hizo despertar,
pero hoy, que hemos crecido, vamos,
dame la mano y todo volverá.
(Carlos Sahagún, 1938, *Canción de infancia*)

Estos versos, que forman parte de la larga dedicatoria de su libro, nos devuelven al Moutet poeta que nos escribe una poesía habitada, cada poema se refiere a alguien o a algo, la naturaleza en sus poemas es una decoración, no es un personaje; al escritor que sabe lograr una intimidad entre el hombre y el niño en el recuerdo; al poeta fascinado por el agua, al poeta

salvado por el poder de los sueños del mundo de la imaginación; al Moutet hombre, al Moutet persona y al Moutet obra. La relación entre el hombre, la persona y la obra es total, porque hombre-persona-obra se identifican y tienen un nombre: MOUTET.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLANCO GARCIA, P. (1988): *Poetas provenzales de los siglos XIX y XX*. Madrid: Ed. Coloquio.

CHEVALIER, J. et CHEERBRANT, A. (1991): *Dictionnaire des symboles*. Paris: Lafont.

MOUTET, F. (1991): *Li car-marino de moun Reiaume*. Les cahiers de Garlaban, Exempleire nº 31.

WERNER, K. (1992): *Y la Biblia tenía razón* (C.L.). Navarra.